

Camino Ignaciano 500 años

Una peregrinación espiritual, por Carol Cooke

13-29 de marzo de 2022

LOYOLA



Recientemente, un amigo me preguntó ¿cómo encontré el Camino Ignaciano? Me sorprendió mi respuesta brusca: “¡No lo hice! ¡**Me encontró él!**!”. En realidad, mi plan de viaje para la primavera de 2022 estaba fijado para el célebre Festival de los Tulipanes de Ámsterdam... Sin embargo, a finales de enero llegó una llamada de mi querida amiga Karen, una entusiasta del *Camino*, invitándome a unirme a ella en “Inigo 500”, en honor de San Ignacio de Loyola. Como nunca había hecho ningún Camino, estaba emocionada pero ansiosa. Pronto me di cuenta de que estaba siendo “llamada” a esta peregrinación. A pesar de mis temores y dudas -- ¿¿265 Km?? ¿Soportarán las rodillas? ¿Saco de dormir? --

Finalmente supe que tenía que hacerlo. Perteneciendo a una de las cuatro generaciones de mi familia educada por jesuitas y enriquecida por su amistad, desde principios de 1900, hace mucho que me siento atraída por los valores ignacianos. Esta fue una oportunidad única para vivir la Cuaresma, al hacer propia la peregrinación espiritual de Iñigo, profundizando en su vida y fe.

El Camino Ignaciano, que honra a San Ignacio como fundador de los jesuitas, fue dirigido por el jesuita español Josep Lluís Iriberrí. En 2010, la orden jesuita le pidió al Padre Iriberrí, SJ que investigara y desarrollara esta peregrinación espiritual a pie (y libro-guía) basada en la propia historia de Ignacio, en celebración del 500 aniversario de su fundación de la Compañía de Jesús. No encontrarás mejor guía que el Padre Iriberrí. Su profundo conocimiento de la espiritualidad e historia jesuita, animado por su amor y entrega a Ignacio, así como a la historia y cultura española, enriqueció profundamente nuestra experiencia peregrina.



Río Urola

Fue un retiro espiritual de dos semanas con lecturas diarias, meditaciones y misas en las casas de San Ignacio, San Francisco Javier, San Pedro Claver, todo muy conmovedor. Éramos 14 peregrinos, de Singapur, Italia, Bélgica, Holanda, Colombia, EE. UU., de 41 a 82 años, un grupo ecléctico que se unió en nuestra misión espiritual. Todas las mañanas, con las mochilas puestas, comenzamos nuestra caminata con la oración, un canto peregrino y dos horas de reflexión silenciosa mientras atravesábamos paisajes tranquilos, a menudo vacíos, que aún se ven como en 1522 cuando Ignacio hizo su propio viaje. ¡Caminatas desafiantes! 15 a 20+ millas por día - muchas colinas empinadas y montañas. Albergues, sacos de dormir, literas... incluso un refugio para personas sin hogar en una noche. También incluyó bellos paisajes primaverales (corderos recién nacidos, almendros en flor), sublime cocina vasca y catalana,



vinos de La Rioja. Fue la experiencia de mi vida y una en la que siempre me basaré, llena de riquezas espirituales, artísticas, culturales e históricas.

Los edificios medievales, las iglesias, los pueblos, la música y el arte de España nos retrotraen al mundo de Ignacio en el siglo XVI. Visitamos hospicios donde Ignacio ayudó a los enfermos y moribundos, rezamos en las mismas capillas (cada una dedicada a una amada Virgen), escuchamos la música que escuchaba y caminamos por los mismos caminos que él caminó. Fue extraordinariamente emotivo celebrar la

Misa en Loyola en la misma habitación de su conversión y meditar en su cueva de Manresa. Fue igualmente alentador estar en la capilla de la familia de Francisco Javier y contemplar el mismo crucifijo que lo inspiró a llevar a Cristo a tantos en la India y Asia como el primer misionero jesuita. Estos santos jesuitas se volvieron muy reales e inmediatos, ya que nos sumergimos en sus vidas, tiempos y lugares.

En Verdú, por ejemplo, nos alojamos en la casa de la infancia de San Pedro Claver, SJ y celebramos la Misa en la capilla del santuario, donde permanece la pila bautismal de su propio bautizo. Un mural detrás de la fuente muestra a sus padres felices, rodeados de familiares, sosteniendo a Pedro como un bebé pequeño que está siendo bautizado. Una escena tan hermosa y común, sin embargo, estaba llamado



a una vida muy poco común. Pedro Claver fue como misionero jesuita a las colonias españolas en 1610, cuando España se dedicaba al comercio de esclavos, secuestrando africanos para trabajar en las minas y campos de Colombia. Profundamente perturbado por el trato cruel hacia estos hombres, mujeres y niños, vistos simplemente como bienes muebles, el padre Claver se sintió impulsado a dedicar su vida a ayudar a los esclavizados. Al encontrarse con cada barco, atender a los enfermos y moribundos, se convirtió en un “esclavo de los esclavos”, dando la bienvenida a cada africano con comida, agua, ropa y consuelo. Al no tener un lenguaje común, fue en sus actos de bondad y misericordia que llevó el amor de Cristo a cada uno. Durante la vida del Padre Claver, bautizó y enseñó a más de 300.000 africanos. ¿Cómo este hombre común tuvo tanto coraje para oponerse a las prácticas aceptadas pero inmorales de su sociedad? ¿Podría yo?

Una gracia de esta peregrinación fue traer conmigo a muchos seres queridos y sus necesidades. Fue tanto una alegría como una fortaleza llevar a mis seres queridos, vivos y fallecidos, a lo largo del camino, en mis pensamientos, oraciones y corazón mientras recorríamos las montañas y las llanuras. Llevé un pequeño recordatorio de cada persona – una foto, un pañuelo, una tarjeta sagrada – para sentir que cada uno estaba realmente “en el camino” conmigo, recibiendo las mismas bendiciones que yo.

Viajar como peregrina, siguiendo el personal camino de Ignacio, sintiendo su espiritualidad revolucionaria, que ha tenido un efecto global tan enorme, fue realmente una oportunidad única en la vida.

Vine en agradecimiento por todo lo que Dios me ha dado: maravillosos padres, querido esposo, familia y amigos, generosos mentores llenos de fe, una rica educación católica, buena salud y mucho más. Traté de entender cómo Dios ahora me está llamando a servirle a Él y a los demás. Esta larga pandemia, sin Misa, sin Santa Comunión ni comunidad espiritual alguna, había envuelto y empañado mi relación con Dios. El Camino Ignaciano me dio un “reinicio” muy necesario.

En una de las experiencias más significativas y afirmativas de mi vida, llegué a una certeza profunda y hermosa: que *“nada puede separarnos del amor de Dios”*. Este caminar fue Su regalo de amor, misericordia, parentesco y alegría que llena el alma. Seguir a Ignacio en su camino hacia Dios me ha forjado un nuevo “camino” a seguir. Estoy eternamente agradecida.

“Mira a Dios mirándote... y sonriendo”.

Antonio de Mello, SJ



Subiendo a MONTSERRAT